

LA REINA
DE
LOS MÁRTIRES.

POEMA RELIGIOSO,

POR

JOSÉ MARTINEZ TORNEL.

—
APROBADO POR LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.



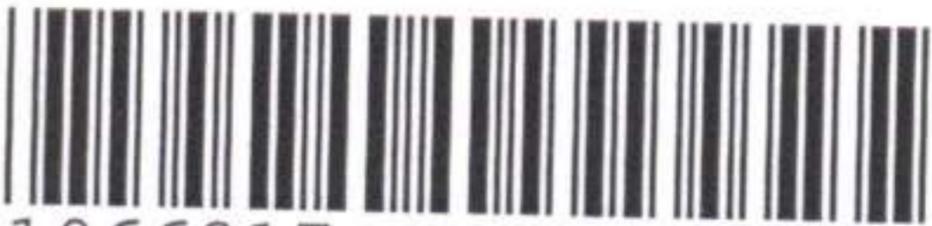
MADRID:

IMPRESA DE "LA ESPERANZA," Á CARGO DE D. A. PEREZ
DUBRULL.—PEZ, 6, PRINCIPAL.

—
1867.

MU
810

BIBLIOTECA REGIONAL



1066817

DMU

5810

T.44307

R. 108.934

Reg-15



LA REINA

DE

LOS MÁRTIRES.

POEMA RELIGIOSO,

POR

JOSÉ MARTINEZ TORNEL.

APROBADO POR LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.



MADRID:

IMPRESA DE "LA ESPERANZA," Á CARGO DE D. A. PEREZ
DUBRULL.—PEZ, 6, PRINCIPAL.

1867.

Á LA EXCMA. SRA.

Marquesa de Corvera

dedica este poema, en prueba de aprecio

El Autor.



MARÍA.

Fue, es y será siempre. Y cuando el mundo
dormía sin seres en el caos inerte,
envolviendo en su ámbito profundo
mil sombras de pavor, de horror y muerte,
Ella volaba sobre el antro inmundo
amada en el regazo del Dios fuerte,
y de aquella ancha é infinita esfera
fue el primer resplandor, la luz primera.

Cuando á los mares colocó en su asiento,
poniendo á su furor límite y raya;
cuando al eje del mundo dió cimiento
y puso suave arena en ruda playa;
cuando impulso le dió al furioso viento
que las flores horrísono desmaya,
Ella vivía dentro de Dios mismo,
como vive en el alma el idealismo.

Allá en el *fiat* eterno de los seres
 que el espacio inundó de viva lumbre,
 fuente pura de mágicos placeres
 que del fondo del caos subió á la cumbre,
 principió ya su ser, y sus poderes
 fueron un resplandor, cierto vislumbre,
 que huían de un suspiro cariñoso
 de Dios amante, amado y amoroso.

Una luz refulgente, esplendorosa,
 compuesta de reflejos de colores,
 mas ligera que aroma de la rosa,
 mas suave que perfume de las flores,
 vagaba suspirada y amorosa
 en la atmósfera ideal de los amores:
 en Dios estaba, en Dios se detenía,
 y en el amor de Dios se complacia.

¿Quién es esa que amaba antes que su alma
 del piélago eternal de toda esencia
 saliese rodeada de la calma
 del dulce alborear de la inocencia?
 ¿Quién es la que ha gozado la alta palma
 de vivir y sentir sin la existencia?
 Una mujer á quien el mundo lanza
 los suspiros de amor y de esperanza.

Una mujer bendita, soberana
 del cielo y de la tierra, que admirados
 la adoran en la luz de la mañana
 cuando cruza los riscos y collados:
 de Ella la fuente de las dichas mana;
 por Ella tierra y cielo ya enlazados,
 dicen que es por su candor sincero
 de Dios y de los hombres lo primero.

Hermosa es: su cabeza es el Carmelo,
 que entre los cedros ocultarse siente;
 de sus ojos nació el azul del cielo;
 son sus cabellos púrpura potente;
 sus pestañas encubren como un velo
 el fuego de sus ojos nitidente,
 y su mejilla, de la aurora rosa,
 la hacen divina, celestial, hermosa.

Niña, era un ser que amando no podía
 ni su amor reprimir, ni en goce puro
 dar expansión al fuego que sentía
 abrasar de su pecho el santo muro;
 miel de su labio singular corría;
 del pudor y candor templo seguro:
 niña, fue cual la estrella matutina,
 y mujer, sol que en el cenit camina.

Venian á su cuna las palomas
 á arrullarla en su sueño venturoso ;
 los valles la enviaban sus aromas
 en alas de un suspiro cariñoso ;
 bajábanse abatidas altas lomas
 á su paso inocente y candoroso,
 y como el sol, que mudo la veía,
 vida y amor do quiera difundía.

Las doncellas hermosas, que su frente
 llevaban coronadas de azucenas,
 al bajar al raudal de mansa fuente,
 viendo á María, concluían sus penas:
 Ella inspirada, grande y elocuente,
 les hablaba sentada en las arenas,
 descollando inocente en medio de ellas
 como el sol oscurece las estrellas.

Creció como esas plantas que en la tierra
 no fijan su raiz, porque su vida
 en los misterios del amor se encierra,
 pues la bebió en el cielo bendecida ;
 por eso cual paloma por la sierra
 pasaba por la tierra maldecida,
 subiendo con pausado y raudo vuelo
 de pensamiento en pensamiento al cielo.

Vivia por amar: amor inmenso
 que tenia en su pecho el casto nido,
 donde quemaba el amoroso incienso
 de un pensamiento grande y elegido;
 un fuego abrasador, y tan intenso,
 que llenó el corazón do habia nacido;
 iba á Dios, que el amor en sí reasume,
 como de flor en flor vuela el perfume.

Para cantar tus penas, Vírgen pura,
 no quiero inspiracion; quiero tu gracia;
 si eres luz del saber y la hermosura,
 en tus reflejos mi razon se sacia;
 déjame algo sentir de tu amargura;
 tu llanto inspirará con eficacia
 á mi alma, que, abismada en tus pesares,
 exhalará de amor tristes cantares.

Si mi voz se anudase en mi garganta
 y modular tus penas no pudiera,
 dime amorosa como en sueños: "Canta,
 si mi dolor tu canto reverbera:"
 y si mi pensamiento gracia tanta
 de tu pecho de madre consiguiera,
 entonces atrevido verteria
 torrentes de pasion y de poesía.

La primer voz que oí era tu nombre,
y á tus lágrimas luego uní las mias;
nada será en el mundo que me asombre
como ofrecerte á ti mis alegrías:
en medio del dolor que lleva el hombre,
siempre son para ti sus melodías:
niño te dediqué mi primer llanto,
y ahora pongo á tus pies mi primer canto.

CANTO PRIMERO.

La profecía del martirio.

Jerusalen, tu templo se levanta
como tu fe sobre las aéreas nubes;
grande y sublime el corazón encanta
como tú, si inspirada al cielo subes;
sombra muda, abatida, fiel, que canta
al eco de los célicos querubes:
y encierra, ciudad santa, en su alabanza
toda la fe de un pueblo y su esperanza.

En sus bóvedas santas y sombrías
reposa el alma con afán inquieta;
confúndense las puras melodías
del poeta de Dios, del Rey Profeta.
¡Cuánto perfume, aromas y armonías
el cedro que cria el Líbano sujeta!
¡Cómo gozan en él con fe sincera
el que llora, el que ama y el que espera!

A Ofir iban las naves perezosas
 y volvian á ti cargadas de oro;
 de Jericó las encendidas rosas
 tuvieron en el templo su tesoro;
 del Yémen las llanuras calurosas
 diéronle aromas; el Líbano sonoro
 dió sus árboles; Sion le dió su nombre;
 Dios le eligió para escuchar al hombre.

El fuego de la vida no se apaga
 en su recinto incólume y sagrado;
 la atmósfera que en él nos embriaga
 es un fuego suave, condensado;
 para que á Dios el hombre satisfaga,
 altar á las ofrendas se ha elevado,
 que une en lazo ideal, sin que se note,
 á Dios, al hombre fiel y al sacerdote.

El perfume quemado en sacro fuego
 lleva al trono de Dios las oraciones;
 pasa las nubes majestuoso y ciego
 y se funde en angélicas canciones;
 mezclado en tan sublime y santo ruego,
 rueda gozando en mágicas creaciones:
 ante el trono de Dios humilde lucha
 y suspiro que fue, Jehová le escucha.

Agua santa, bendita, cristalina
 que del Jordan la orilla besó mansa,
 escóndese en la mística piscina
 que sobre el mármol sin cesar descansa:
 lluvia constante, celestial, divina,
 que refresca el calor que al cuerpo cansa,
 y que lleva en sus límpidos cristales
 del gran poder de Dios puros raudales.

¡Oh templo! sacro emblema venturoso
 de un pobre y mas sublime santuario:
 si halló en ti la esperanza fiel reposo,
 Dios te postergará desde el Calvario:
 no volará á ti el hombre presuroso
 cuando, roto su impúdico sudario,
 comprenda que su amor y que su anhelo
 tienen un fin; es Dios: un templo; el cielo.

Dejarás de existir; mas de tus ruinas
 saldrá un ¡ay!, un amor, un pensamiento,
 que cubrirá los montes, las colinas,
 el éter, el espacio, el firmamento;
 su forma con su esencia son divinas;
 el hombre en él será ligero viento,
 porque el hombre se humilla, se anonada;
 donde hay algo de Dios, del hombre nada.

Era un dia muy bello, tan hermoso,
 como que Dios le habia preparado ;
 el cielo trasparente, majestuoso,
 diáfano, ideal, poético, azulado,
 anunciábale al mundo venturoso
 su sueño de esperanza realizado ;
 un cielo que con ser gasa ilusoria
 era un íris de amor, de paz, de gloria.

Ese cuadro de gloria que vuestra alma
 cree ser una ilusion mentida y bella,
 es realidad: mirad que santa calma
 rodea á María, porque María es ella :
 lleva á Dios en los brazos, alta palma ;
 el sol junta su luz con una estrella :
 cuadro lleno de amor, de fe, de aromas ;
 una Vírgen, un Niño y dos palomas.

Doncellita inocente y candorosa,
 ¿á dónde vas? ¿Al templo y con tu Hijo?
 Vuela; inocente Él, tú tan hermosa,
 vais repartiendo amor y regocijo ;
 mas no, que tú, obediente y religiosa,
 vas á cumplir lo que Moisés te dijo.
 ¡Dios mio, qué humildad y qué grandeza,
 que va á purificarse la Pureza!

La mujer en quien Dios se complacia,
 la Madre de Dios-Hombre así se humilla;
 la alta corona que en su sien ceñía;
 que junto á la de Dios ahora brilla,
 nada fue para Ella; llegó el día
 de lavar ante Dios pura mancilla;
 el Hijo ante su Padre se ha humillado,
 y María exclamó: "Dios lo ha mandado."

Con Jesus en los brazos te contemplo,
 y mi alma al contemplaros se estasía;
 en Jesus ve á su Dios; en Ti, su templo,
 y en los dos el amor que el mundo ansía:
 para el hombre serás el fiel ejemplo,
 porque tu fe hácia Jesus le guía;
 del cielo sois placer, gozo, desvelo:
 de la tierra esperanza, luz, anhelo.

Hay en el templo un hombre, es un anciano,
 que á Jesus ver para morir espera;
 levanta al cielo temblorosa mano,
 y á Jesus y á María considera:
 mira salvado ya el linaje humano
 que en el pecado degradado viera,
 é inspirado del cielo al fin esclama:
 "Hombre, levántate, que Dios te llama."

"Ya no quiero vivir: fue mi existencia
 un nudo de esperanzas y de penas;
 siempre esperé del cielo la clemencia,
 siempre lloré del hombre las cadenas;
 renacerá del hombre la inocencia;
 yo muero de placer; respiro apenas;
 nada en la tierra espero, nada ansío;
 voy al cielo á esperaros, Jesus mio."

Del pecho de la Vírgen amoroso
 tomó á Jesus Simeon entre sus brazos,
 ofreciéndolo al Todopoderoso,
 mientras su corazon se hacia pedazos;
 iba á turbar el sueño venturoso,
 iba á romper los celestiales lazos;
 siente profetizar la ley del Padre,
 el martirio del Hijo y de la Madre.

Habla, anciano Simeon, habla, no temas;
 tiempo es ya de que cumplas tu destino;
 aclara con tu voz esos emblemas
 de que eres el intérprete divino:
 ese fuego sagrado en que te quemas
 redúcele á tu acento de rabino;
 habla, que ante tu voz cede la mia,
 nuncio de Dios, profeta de María.

«Hubo un tiempo en que el hombre dominaba
 como rey en la tierra, y en el cielo
 como un ángel también se coronaba;
 pudo ser inmortal, libre de anhelo;
 al cielo y á la tierra en sí enlazaba,
 levantando hácia su Dios su ráudo vuelo;
 él unido al empíreo vivía en calma;
 unidos como están el cuerpo y alma.

«Pero, soberbio y orgulloso un día,
 quiso el cielo escalar avaro y loco,
 y en su ciega y satánica porfía,
 no vió que con soberbia valia poco:
 pisó las flores que en su sien tenía,
 no quiso á su alma oír ni á Dios tampoco,
 é hizo contraste al arrojarse al lodo
 aquel grito que dió: *Ya lo sé todo.*

«Impotente se hundió: bajó al abismo;
 levantose su orgullo á esclavizarle,
 tanto, que fue preciso que Dios mismo
 prometiera en un día libertarle:
 el hombre, en su debido parasismo,
 pensó en su Redentor y en esperarle...
 pero hoy, Señora, vuestra es la alabanza
 hoy, Señora, se cumple esa esperanza.

«Jesus, tú eres el íris de ventura
 que Jacob contempló cuando soñaba;
 tú eres Isaac, que al monte de amargura
 su muerte con sus hombros elevaba;
 tú eres la fuente cristalina y pura
 que sin raudal el mundo se abrasaba;
 tú quien salvarnos con amor deseas;
 yo me humillo á tus pies: bendito seas.

«Y tú, Vírgen bendita y agraciada,
 espera del martirio los escesos;
 cubre la cara de tu Hijo amada
 con lágrimas, suspiros y con besos;
 tiempo vendrá en que la veas mudada,
 porque el dolor traspasará sus huesos,
 y serás por tu amor y tus dolores
 la Reina del dolor y los amores.

«¡Cuánto martirio sufrirás ¡oh Madre!
 viendo sufrir á tu Hijo triste y sola!
 víctima pura del Eterno Padre,
 en aras de su amor tambien te inmola;
 el gran mar del dolor quiere taladre
 tu amante corazon ola tras ola;
 tú sufrirás, aunque tu labio calle,
 el martirio de amor, lirio del valle.»

Calla Simeon: su vista vacilante
 luchaba por no hallar la de María;
 una pesada lágrima radiante
 por su apacible rostro se vertía:
 volvió al cielo á mirar; lloró un instante
 por la cruel amargura que sentía,
 y al ver el rostro de María marchito,
 la dijo con dolor: "¡Así está escrito!"

María humilde, callada y abatida,
 sufre en su corazón luchas atroces;
 ve en lontananza declinar su vida
 por camino de espinas, no de goces:
 piensa en la humanidad envilecida;
 oye del mundo las eternas voces,
 y va á sacrificarse la primera
 por esa pobre humanidad que espera.

¡Grande fue este dolor! Fue el de la idea
 que en un punto del ser se reconcentra;
 que traba con sí mismo tal pelea,
 que ni el consuelo de llorar encuentra:
 que quiere deshacerle y le desea;
 que se estiende también y se concentra;
 que es heróico, sublime, de alta palma;
 que es invencible, en fin, porque es del alma.

En aquella infantil y pura mano
 que ahora besa María sobre el pecho,
 y tiene un cetro grande y soberano,
 una llaga ha de ver en su despecho;
 su costado ha de abrir golpe inhumano;
 su cuerpo ha tener la cruz por lecho;
 y lo presentará al Eterno Padre,
 siendo Reina, como es, y siendo Madre.

„Quiero darte mi vida, sí, Hijo mio,
 antes que ese martirio me la quite:
 si tú has de padecer, morir ansío
 antes que el mundo tu color marchite:
 ¿podré yo acaso ver ese desvío
 sin que á luchar mi corazon me incite?
 y ¿puedes tú sufrir sin que te asombre
 pensar que eres un Dios...? pero... ¡un Dios-Hombre!

„Eterno Padre de la eterna gloria,
 contempla que mi pecho tanto late,
 que, si nos abandonas, la victoria
 va á decidirse antes del combate:
 no me apartes jamás de la memoria
 tu faz, por que mi pecho se dilate:
 si es preciso sufrir ¡ay! sufriremos,
 y aunque sea perecer, pereceremos.“

Llora María sufriendo y resignada,
 y la sonrisa de su Niño besa:
 Simeon huye, la deja abandonada,
 y de este modo su dolor espresa;
 se consuela con su Hijo desolada;
 vuelve á su casa de delirio presa,
 pensando que obtendrá por sus amores
 la corona inmortal de los dolores.

“¡Dios mio! ¿qué era yo? pobre flor triste
 que antes de dar olor vivía en la nada:
 por humilde, Dios mio, me elegiste,
 y cual Madre de Dios soy ensalzada:
 si tanta gloria y esplendor me diste,
 más por tanto sufrir seré elevada;
 no escuches, no, mi loco desvarío:
 ¡cúmplase todo, cúmplase, Dios mio!”

CANTO SEGUNDO.

Huyendo á Egipto.

Tres Reyes que vinieron del Oriente
tras una estrella cuya luz hablaba,
fueron con ansia viva y diligente
á preguntar á Herodes, dónde estaba
el consuelo que Dios Omnipotente
después de tanto tiempo les mandaba:
"Herodes, dí, nuestra alma lo desea:
¿Dónde ha nacido el Rey de la Judea?"

Un rayo desprendido de los cielos
no lleva tanto horror como esta nueva
para Herodes, que arde en vivos celos
cuando su cruel poder ponen á prueba:
por acallar en algo sus recelos,
su fe al ir á adorarle les aprueba,
y con voz que su cólera pregona,
dice: "Tambien he de ofrecerle mi corona."

Convoca, ardiendo en furia, á los rabinos,
y reunidos en áulico aposento:

«Registrad, díceles, esos divinos
libros de vuestro grande nacimiento;
ved si ahí están escritos los destinos
de esos tres que ya van en seguimiento
de... no sé quién, que de furor insano
me lleno al oír llamarle soberano.

«¿Por ventura teneis Rey prometido?
¿Puede alguno reinar mientras yo viva?
¿Quién es para humillarme yo vencido,
sin que vergüenza ni pesar reciba?
Esos extraños dicen que ha nacido;
una estrella á su cuna les arriba;
ved esos libros; de ellos yo me valgo,
si es que los entendeis y valen algo.»

Al impío furor de este tirano
le contestó la sabia Sinagoga:
«Cálmate, Herodes; tu furor es vano;
porque Dios por su pueblo siempre aboga:
en el Eden tuvimos soberano,
y es el que ahora en el Oriente boga
y nacerá en un pueblo que es bendito;
en Belen de Judá: así está escrito.»

Unos libros y un hombre, Herodes, calla,
 te han de quitar ese usurpado trono:
 no trabes tú con ellos la batalla,
 pues nada valen tu poder y encono;
 ellos de inspiracion tienen la malla,
 y Él, siendo Dios, á Dios tiene en su abono...
 ¿De qué te ha de servir tu impía espada,
 polvo orgulloso, átomo de nada?

Quisiera dominar él con su diestra
 los rayos de las nubes, y arrojarle
 uno á Jesus con intencion siniestra,
 ó con su pensamiento aniquilarle:
 en su ceño feroz, altivo muestra
 que va á intentarlo todo por matarle:
 da mandatos alevos y manchados,
 y la órden de su muerte á los soldados.

Pero en el cielo mudos los querubes
 cesaron sus purísimas canciones,
 y á través del espacio y de las nubes,
 ven llorar en la tierra corazones:
 Belen, bendita y santa al cielo subes,
 y Dios escucha ya tus oraciones:
 un ángel baja á ti con raudo vuelo,
 y mira si es hermoso que es del cielo.

No baja á la morada del potente
 ni á consolar la rabia del malvado;
 va á una casa adornada humildemente,
 donde duerme un anciano fatigado;
 una Vírgen modesta é inocente
 vela á su Hijo en la cuna reclinado;
 allí llega del ángel el arrullo:
 los ángeles no van donde hay orgullo.

"Levántate, José, Dios te lo dice,
 y con Jesus y con tu amada Esposa,
 aunque el tiempo invernal te martirice,
 sal de Belen, que ahora es peligrosa:
 porque Herodes, que el cielo le maldice,
 dar quiere á tu Hijo muerte ignominiosa;
 lleva á Jesus á Egipto; corre, anda;
 despierta al Hijo y Madre: Dios lo manda."

Despiértase José atemorizado
 al eco de la voz, que cree del cielo;
 va á la cuna do estaba reclinado
 su cariño, su amor y su consuelo;
 en su rostro, cual cielo despejado,
 pone un beso de amor, lleno de celo,
 y ve á su Esposa junto á él dormida,
 como una rosa del rosal caida.

José contempla absorto el dulce sueño
 que á aquellos Santos seres abatia ;
 el Niño era del mundo solo dueño,
 Ella bajo sus pies el sol tenia:
 en círculo tan pobre y tan pequeño,
 ¡cuánta grandeza, cuánta gloria habia!
 las estrellas son letras de su nombre,
 y les obliga á huir un solo hombre.



"Levántate, María, Esposa amada,
 y acompaña el dolor en que me aflijo ;
 el cielo me ha enviado una embajada
 para librar á nuestro amado Hijo:
 Herodes con venganza desalmada
 quiere matar al que Jehová bendijo:
 ¡Dios mio! cúmplase... María, vamos...
 ¡apresarle, sufrir... morir... huyamos!"



Á su Hijo entre sus brazos María coge,
 contra su pecho virginal le estrecha ;
 la mejor ropa con dolor recoge,
 de amor en puras lágrimas deshecha,
 porque su hermoso Niño no se moje.
 Sobre sus hombros largo manto echa,
 y con mirada que de amor vacila,
 le dice: "Duermes, mas tu amor vigila."

Era la noche triste y silenciosa,
 imponente cual son de ronco trueno;
 era una gasa tenue y vaporosa
 de un fantasma que abisma su ancho seno;
 era una noche negra, misteriosa,
 que pavor daba al ánimo sereno:
 negras tintas informes vacilaban
 y en sombras de terror se condensaban.

Tiene la noche mágica elocuencia;
 hablan mucho las sombras que se callan;
 las flores, por verter su suave esencia,
 buscando el aire, con la luz batallan;
 los átomos de luz en su influencia
 donde fijarse en derredor no hallan:
 de negra piedra el mundo convertido,
 del silencio posee lúgubre ruido.

Cruzando montes y salvando cejos
 iban los Santos tímidos esposos;
 cuando daba sus pálidos reflejos
 la luna, caminaban animosos;
 las sombras que veían á lo lejos
 creían ser enemigos valerosos,
 y oír voz infernal, horrible y fiera
 de la brisa en la ráfaga ligera.

Sumido en melancólico letargo,
 Jesus sobre su Madre caminaba;
 ella gozaba de un dolor amargo
 cuando el viento en sus sienes vacilaba:
 de un camino tan lóbrego y tan largo
 la estension y aridez horrorizaba;
 el viento, el frio, con la noche oscura,
 aumentan su dolor y su amargura.

Cruzaron su adorada Palestina,
 abandonando aquella tierra santa;
 divisaron el Pierio que se empina
 y mas que el Anti-Líbano levanta;
 de Daphne la llanura peregrina,
 rica en laurel que la victoria canta:
 pasaron dias y pasaban montes,
 llegando á las riberas del Orontes.

Este, despues que á la Seleucia riega,
 confúndese gozoso en el Tirreno,
 solo rio en la Siria que no llega
 á hacer hermoso tan erial terreno;
 sobre sus aguas sin cesar navega
 en hojas secas el rojizo heno:
 la Familia Sagrada en su ribera
 descansó en una noche placentera.

De un alto monte besa el rio la falda
 y las águilas viven en sus crestas;
 si sus nidos le sirven de guirnaldas,
 aprenden á volar sobre sus cuevas;
 tiene el mismo color de la esmeralda
 en puntas y pirámides enhiestas;
 y poca el agua, pero muy serena,
 deslízase sobre la suave arena.

Á este suelo agradable en el Desierto
 é imponente de noche por su sombra,
 para reänimar su cuerpo yerto,
 la Sagrada Familia lo hizo alfombra:
 mira José con esperar incierto;
 el vuelo de las aves les asombra;
 mas besando á Jesus su santa mano,
 descansa lejos ya de aquel tirano.

"Hijo y Esposa amados, ya podemos,
 lejos de aquellos que tan mal nos quieren,
 reposar; y tranquilos reposemos
 sin las espinas que en suspiros hieren;
 á Dios, errando y solos, invoquemos
 si mas crueles dolores se ofrecieren;
 Dios sobre todos su bondad derrama,
 y siempre oye á aquel que fiel le llama."

De espesa oscuridad favorecidos
y de apiñadas sombras escudados,
hasta allí han llegado unos bandidos,
que por el monte van desesperados;
van sin saber por quién, pero atraídos,
y acaso por un ángel van guiados,
donde estaban tres seres celestiales
llegaron ocultando sus puñales.

El capitán, el más valiente y fiero,
acércase á los tristes caminantes;
lleva en sus manos denodado acero
que á su fulgor contrista los semblantes;
marchaba erguido, torpe y altanero,
y luego iban sus pasos vacilantes,
y una fuerza invisible que sentía,
el paso y el furor le detenía.

Luchaba en medio de la sombra oscura
con un suave y poderoso brazo;
en el aire vagaba una figura
que le echaba á su cuello dulce lazo;
embriagado de amor y de ventura,
y al ver dormir á un Niño en el regazo
de su madre, temió; de orgullo mengua,
se arrodilló y enmudeció su lengua.

«Caminantes... yo soy entre estas peñas
 quien á todo viajero da la muerte;
 estas montañas creo son pequeñas
 para el veneno que mi pecho vierte;
 mas si quereis dormir en estas breñas
 sin que el Niño del frio se despierte,
 venid, que mi morada allí os espera,
 pues yo no soy ya quien antes era.

«Mi morada en el monte es un palacio,
 que he ganado en mi bárbara pelea;
 sobre un monte domina tanto espacio,
 que las palmas se ven de la Judea:
 si estais allí esta noche, de topacio
 se volverá; me hareis que yo lo crea:
 quisiera no borrar de mi memoria
 este encuentro casual, luz de mi historia.»

Subieron los solícitos esposos
 por donde el bandolero les guiaba;
 en los valles espesos y espinosos
 con su lanza las ramas separaba;
 llegados á la cumbre fatigosos,
 su mesa y cama con amor les daba;
 en casa de un bandido descansaron,
 y, agradecidos, otra vez marcharon.

Cuando la aurora adelantose al dia
 con sus tintas de rosas esplendentes,
 bajar aquellos montes se veia
 á los viajeros: iban los valientes
 y el capitan, que así se despedia,
 viendo al Niño los ojos refulgentes:
 "Id en paz, misteriosos viajeros;
 feliz, Niño, seré si vuelvo á veros."

Sufriendo, caminando entre malezas,
 oyendo los rugidos de las fieras,
 recorriendo los valles y asperezas,
 yermos, desiertos, cármenes, praderas,
 pasando por horribles estrechezas,
 de nieves y de hielos por laderas,
 á Heliópolis llegaron, do vivieron,
 donde pena y consuelo recibieron.

Todo el mundo es su patria, y van proscritos:
 son hermanos de todos, sin familia;
 Vírgen de sentimientos tan benditos,
 que por aquel que llora está en vigilia:
 un Niño cuyos blancos piececitos
 buscan á aquel que sufre, y Él le auxilia:
 dos esposos y un Niño abandonados,
 huyendo, pobres, solos y emigrados.

CANTO TERCERO.

La pérdida de Jesus.

Nazareth está triste, abandonado;
sus calles están mudas y desiertas;
el Tabor y el Carmelo han enviado
sus brisas, que no pasan de sus puertas;
¿Por qué, dime, por qué tan demudado,
pasan por ti las horas tan inciertas?
—Fuese á Jerusalem hoy mi alegría,
están allí Jesus, José y María.

¡Ah! es verdad; por el camino veo
gran caravana: por sus tradiciones
vuela á Jerusalem, con el deseo
de ofrecer ante Dios sus oraciones:
la fatiga no puede ni el mareo
olvidar sus sagradas prescripciones:
tambien al templo con valor camina
una familia fiel, pura y divina.

Jesus va con los niños inocentes
 hablando de la ley, ¡como es tan sabio!
 va confundido en medio de las gentes,
 les lleva suspendidos de su labio;
 sube las cuestas toscas y pendientes,
 sin recibir en ello algun agravio;
 no desfallece, no; fuerza le sobra
 para acabar su comenzada obra.

Va María entre las madres placentera,
 llevando en su Jesus los ojos fijos;
 corto, peor camino pareciera;
 es porque van hablando de sus hijos:
 Ella á todas las madres considera
 y á sus niños les da besos prolijos,
 y todas al mirarla tan hermosa,
 la Mujer la llamaban venturosa.

José, el varon mas justo de la tierra,
 miraba absorto á su Hijo y á su Esposa:
 ¡cuánta sublimidad este hombre encierra!
 Viendo á su Esposa pura y tan hermosa,
 viendo á su Hijo que sabe cuanto encierra,
 siente entonces no ser de edad fogosa,
 para aclarar sus elevados lazos
 llevando al Hijo y Madre entre sus brazos.

Al templo van, donde María oyera
de Simeon la inspirada profecía;
parece que el pesar allí le espera;
su corazón absorto le latía:

María yendo al templo considera
que lágrimas en él siempre vertía;
va á él como la tórtola á su nido,
que lleva el corazón mustio y herido,

Antes de entrar en el sagrado templo,
únese esta familia tan sagrada,
y dando al mundo celestial ejemplo,
ante su Dios humilde se anonada;
unidos por su espíritu contemplo
á aquellos seres de virtud preciada,
que de su corazón en el retiro
tiene el cielo su amor en un suspiro.

Ábrese el cielo, y al mirar se admira
de ver allí en el templo su obra maestra;
los ángeles aplauden con su lira
á tres criaturas que su Dios les muestra;
la corte celestial toda suspira;
oran los tres por la ventura nuestra;
el cielo oye sus puras bendiciones,
y bendice sus santos corazones.

Ofrécese un cordero en sacrificio,
 del monte de Galaad, como la nieve;
 lo comen concluido el santo oficio,
 para que Dios su peticion apruebe;
 obrando así, nos dan el beneficio
 de que Luzbel á su mansion no lleve,
 pues era aquel mansísimo cordero
 emblema de Jesus en el madero.

Tranquilos, como el agua al deslizarse,
 á Nazareth alegres se volvian,
 y todos otra vez para ayudarse
 se juntaron lo mismo que venian:
 allí se ven á todos emularse
 para cumplir á Dios lo que debian;
 alegres y gozosos caminaban,
 y cantos del Profeta recitaban.

—¡Oh y qué bueno es Dios! dijo María
 cuando entre las mujeres caminaba.

—¡Qué grande es Dios! tambien Jesus decia,
 al ver que ya su Madre se alejaba.

—¡Qué justo es Dios! dijo José, y seguia
 las huellas que María señalaba:
 hablando así bajaban el camino,
 y cumplian los tres el plan divino.

Al cruzar una plácida llanura,
 de Jesus ella busca la cabeza,
 y no ve aquel portento de hermosura,
 aquel tipo ideal de la belleza;
 no ve su cabellera rubia y pura:
 palidece con súbita estrañeza;
 busca á su esposo anciano y dolorido,
 y dice con dolor: "¡Le hemos perdido!"

Entre los infamados nazarenos
 le buscan pesarosos y abatidos;
 en sus rostros tranquilos y serenos
 hallan eco sus lúgubres sonidos;
 no parece; nadie dice, al menos,
 dónde ha visto al mejor de los nacidos.
 —¿Dónde estará Jesus? José decia.
 —¿Y á dónde voy sin él? dice María.

Impía Jerusalem; si tú le tienes,
 no seas cruel con ufano orgullo;
 si diamantino corazon no tienes,
 tiembla de esa Mujer al suave arrullo;
 la maldicion del que te da sus bienes
 escucha de la brisa en el murmullo:
 tú eres cobarde, y fiera con denuedo,
 esa pobre Mujer te tiene miedo.

Llega á Jerusalem; iba llorando;
destrenzado y al aire su cabello,
con avidez estraña va buscando
los ojos de su amor, sus ojos bellos.
—¿Cuándo, Hijo mio, te veré yo? ¿Cuándo
me alumbrará tu luz y sus destellos?
Deja que mi existencia allí concluya
donde estés: tú eres mio, yo soy tuya.

Corre desalentada. "¿Dónde voy?
¿En dónde hallar á mi querido espero?
¡Si yo su amada, si su Madre soy!
¡Si todo el mundo sabe que le quiero!
Ve el gran dolor en que anegada estoy;
si del dolor y del pesar no muero,
nunca te apartarás del pecho mio;
arrullarte en mis brazos solo ansío.

"Venid á mí, vosotras que sois madres,
y apreciad mi dolor y mi tormento:
Hijo mio, mi amado, no taladres
mi corazon con tanto sufrimiento:
decidme, las que en ellos veis los padres,
si hay un dolor mayor que el que yo siento;
decidme, por piedad, no tengais calma,
si habeis visto al amado de mi alma."

Las mujeres piadosas le contestan:
 «¡Oh tú la mas feliz de las mujeres!
 nuestros suspiros tu dolor protestan,
 y grande, sí, Mujer, creemos que eres;
 tus palabras tu origen manifiestan:
 Madre y bella; pero seas quien fueres,
 siendo madres nosotras, comprendemos
 lo que sufres: tambien le buscaremos.

«Corramos; será hermoso; al abrazarle
 gozaremos nosotras con exceso;
 nuestro envidioso pecho querrá darle
 antes que tú, al encontrarle, un beso;
 mujeres somos, vamos á buscarle,
 y con caricias á traerle preso;
 pero dinos cómo es, por que podamos
 conocerle si acaso le encontramos.»

—«Es hermoso mi amado, es muy hermoso;
 va envuelto en un aroma peregrino;
 es inocente, puro, candoroso,
 es el mejor de todos, es divino;
 su rostro es agraciado, majestuoso;
 en sus ojos, de Dios mucho adivino;
 á mí, antes de ser, ya me bendijo;
 es puro como el sol; ese es mi Hijo.

"Su cabeza es mejor que el mejor oro,
 y sobre un gran prodigio su cimientó;
 sus cabellos del Líbano sonoro,
 son las palmas que mueve el blando viento,
 negros, como es el cuervo, mi tesoro;
 sus ojos de palomas, un portento;
 de palomas lavadas en raudales
 que forman despeñados manantiales.

"Sus mejillas de aromas aureola,
 mezcladas de las tintas de la aurora;
 son sus dos labios una flor tan sola
 de la granada que el carmin colora:
 perdido ya mi corazón le inmola
 tierno amor de una Madre que le llora,
 puros labios que los míos vigilan
 y que dulzura y majestad destilan.

"Sus manos son de oro, aunque se mueven;
 un conjunto de perlas enlazadas;
 sus dedos en los míos se conmueven,
 como flores del viento balanceadas;
 en su garganta miel mis labios beben,
 de un ángel son sus débiles pisadas;
 es mi Hijo, es muy hermoso, ya lo veis,
 madres, decidme en fin, ¿le conocéis?

"Tres dias voy buscándole, tres dias
 bebiendo la amargura del martirio;
 desfalleciendo van las fuerzas mias,
 y mi mente se embarga del delirio;
 mortales y crueles agonías
 sufro sola y llorosa como el lirio;
 dadme un consuelo en mi mortal quebranto,
 y enjuguen vuestras lágrimas mi llanto."

—"Mujer hermosa y cándida, no llores;
 ya encontrarás á tu dolor consuelo;
 el Hijo que te causa tus dolores
 es tu Hijo, es verdad, pero es del cielo;
 quiérele con la fe de tus amores,
 pero deja cumplir su santo celo;
 ¿no le querrás Tú ver, María, dime,
 redimiendo á los hombres tan sublime?"

Corre María las espesas calles
 anhelando las huellas de su amado,
 como va el cervatillo de los valles
 corriendo de placer enamorado:
 ¡Pobre Madre! quizás cuando le halles,
 sufras mas en tu pecho lacerado;
 quizás al encontrarle, por tu daño,
 halles un gran placer y un desengaño.

Pero ¡tiene tal fuerza la costumbre!
 María estaba ya acostumbrada
 á librarse de toda pesadumbre
 con la presencia de Jesus amada,
 ver de sus ojos la celeste lumbre;
 su cabeza en su pecho reclinada,
 que, estando ya tres dias sin tenerla,
 cada lágrima suya fue una perla.

Vagando á la merced en calle inmunda
 la hallaron unos pérfidos soldados;
 mentida calma, lóbrega y profunda,
 tiene la noche en rayos condensados;
 y viendo una mujer tan sin segunda,
 á Ella se dirigieron malhadados.
 Llorando una mujer está tan bella,
 y mucho mas si es pura como Ella!

Con atrevido y bárbaro lenguaje
 la hablaron; mas quedaron indecisos
 al ver cierto fulgor en su ropaje
 y sus ojos mejor que paraisos;
 iban á consumir quizá un ultraje;
 mas quedaron estáticos, sumisos,
 porque con voz celeste ha suspirado:
 "Soy Madre, y voy en busca de mi amado."

¡Cuánto sufres, mujer, cuánto padeces!
 cuando buscas á tu Hijo á tanto precio,
 Tú, que corona celestial mereces,
 te ves recompensada con desprecio:
 lloras, sientes, suspiras, palideces,
 Tú, que eres digna de celeste aprecio:
 dime, Dios de Israel, ¿dónde se esconde?
 Para no sufrir mas, ¿dónde voy, dónde?

Inspirada hácia el templo santo vuela,
 como águila que cruza en el espacio;
 pensando en Él acaso se consuela,
 porque le cree su casa, su palacio;
 de la Eterna Verdad esta es la escuela,
 con su trono sublime de topacio;
 de Jesus, María allí besó los labios,
 en el Templo le halló, y entre los sabios.

CANTO CUARTO.

La primera gota de sangre.

¿Á dónde va ese pueblo tumultuoso
con infernal y ruda gritería?

—El eco de las trompas horroroso
con la rabia confúndese bravía
del huracan potente y tormentoso,
y con los gritos de una furia impía.—

—¿Qué hay en Jerusalem de atroz y nuevo?

—Lo sé, pero á decirlo no me atrevo.

Oid á esa mujer; ved lo que dice
en medio de esa turba que le escucha:
"Conducen á la muerte á un infelice,
que solo tuvo caridad, y mucha:
mi corazon ahora le bendice,
y por irse tras él mi pecho lucha;
mucho lo siento con afan prolijo;
dicen que es malo..., y me salvó á mi hijo."

Habla un anciano: "Él era muy bueno ;
 sin pan alimentó en el desierto
 á este pueblo, que ahora su veneno
 quiere arrojar sobre él por verle muerto ;
 sobre las aguas yo le ví sereno ,
 y dando vida á un cadáver yerto :
 algo del cielo ví que derramaba
 cuando á los malos la salud les daba."

Un soldado, que acaso estaba huyendo
 por no ver tal infamia consumada,
 decia entre sollozos y gimiendo :
 "Él me volvió á la vida mi hija amada :
 cobarde, infame soy no teniendo
 fuerza para sacar mi sola espada,
 y trabar lucha atroz, cruel, reñida,
 para salvar al que me dió la vida."

Un sacerdote inicuo, fementido,
 así al pueblo pacífico le hablaba:
 "Ese que veis tan manso y abatido,
 á ser Rey de vosotros aspiraba:
 la ley de Moisés ha escarnecido,
 y del sábado ¡impío! se burlaba,
 diciendo, por probar su devaneo,
 que era el Hijo de Dios: ¡un galileo!"

La sangre de los Santos y Profetas
 ha manchado tu suelo ; tiembla y llora ;
 de tus torres las mágicas siluetas
 encierran vagas sombras destructoras ;
 tú , que la voz del cielo no respetas ,
 un dia llorarás si ries ahora ;
 pon , ciudad santa , á tus furores freno...
 ¿qué haces del hermoso Nazareno?

Vino á tí muy humilde , y aquel dia
 le recibiste con olivo y palmas :
 no digas que fue falsa tu alegría ;
 tu vértigo de fuego así no calmas ;
 consuelo por do quiera difundia ,
 y sanaba á los cuerpos y á las almas :
 ¡cuánta impotencia, cuánta rabia insana
 lleva el eco del pueblo, aquel Hossanna!

Estaba un dia orando entre las flores,
 cerca de Él sus discípulos durmiendo,
 y como á desalmados malhechores
 á prenderle vinieron, no sintiendo
 su pena, aumentando sus dolores ;
 sus palabras y fe escarneciendo :
 bárbaro juez condena su inocencia,
 y un pueblo cruel confirma la sentencia.

Entregado á la turba vocinglera,
 que con furor ondea sus pendones,
 embriagada le empuja á la carrera
 do tanto han de sufrir dos corazones:
 quiere la muchedumbre torva y fiera
 gozar viendo sus carnes en girones;
 llena de un infernal negro delirio,
 quisiera eternizar este martirio.

Sobre sus hombros de Pastor amante,
 que conducian la perdida oveja,
 lleva la cruz, patíbulo infamante,
 sin proferir un ¡ay! ni una queja;
 la dura cuerda, áspera y tirante,
 respirar, oprimiendo, no le deja;
 y en sus sienes hermosas y divinas,
 corona ciñe de irrisión y espinas.

Sus pies, hojas de rosa pura y suave,
 van pisando la dura y negra piedra;
 ellos fueron ligeros como el ave,
 del árbol de la vida sacra yedra;
 ¡bendita aquella piedra que se eleve
 y los pies bese que la furia arredra!
 descalzos, yertos van, ensangrentados,
 aquellos pies del cielo tan amados.

"¡Al Calvario!" gritó la muchedumbre,
 deseando aniquilarle por momentos:
 no siendo de la cruz la pesadumbre
 á apiadar sus horribles sentimientos,
 se veía en sus ojos la vislumbre
 de darle fieros todos los tormentos:
 mano cruel sin compasion le azota,
 y apura del dolor la última gota.

¡Qué confusion! la gente corre, vuela;
 unos á otros se estorban y se hieren;
 y á unos les agrada y les consuela
 oír lo que á otros referir oyeren;
 pero no hay uno solo que se duela
 aunque á Jesus sus ojos muerto vieren:
 la Sinagoga con furor se engrie;
 el pueblo fiero se atropella y rie.

Una Mujer mas bella que la luna;
 pura como en el valle triste lirio;
 santa como no fue mujer alguna,
 agitada, sublime, en su delirio,
 no halla un vestigio ni señal alguna
 que dé consuelo á su fatal martirio;
 mira del sol los pálidos reflejos,
 y oye el rumor del pueblo allá á lo lejos.

No escucha ni una voz dulce y amiga
 que le acompañe en su dolor y pena;
 el lazo del dolor su pecho liga
 de su pesar volviéndose cadena;
 no mira á nadie que su huella siga
 con alma noble y con valor serena:
 solo ve allá en el cielo presurosas
 las negras nubes que huyen horrorosas.

Su cabello oscilando al fuerte viento,
 quita de su cabeza el débil manto;
 detiéndola en su raudo movimiento,
 y de sus ojos evapora el llanto;
 sumida en su leal presentimiento,
 de pena, de dolor y de quebranto,
 su corazon amante se angustiaba,
 y lloraba, lloraba y suspiraba.

No se atrevia con temor extraño
 á dirigir su voz á aquellas fieras,
 que sin saber por qué le hacian daño
 con miradas salvajes y altaneras;
 creeria escuchar un desengaño
 de las mujeres que encontró primeras:
 Ella á su Hijo con amor buscaba,
 y lloraba, lloraba y suspiraba.

Tú has alcanzado, sí, la eterna gloria
 que al hombre conquistar nunca le es dado:
 no se aparte jamás de mi memoria
 tu ardiente corazón martirizado:
 grande, Virgen Purísima, es tu historia,
 santo es tu corazón ensangrentado:
 ¡cuántas lágrimas cuesta, Madre amada,
 ver á la humanidad emancipada!

Llegó por fin donde la turba infame
 á Jesús empujaba hácia la muerte,
 sin que el manso Cordero al cielo clame
 auxilio contra aquel pueblo tan fuerte:
 Jesús la mira y hace que se inflame
 su corazón, que en lágrimas se vierte;
 ábrese paso audaz por los soldados,
 y, al verla, todos quedan admirados.

«Hijo mío; ¿por qué tan inocente,
 tan hermoso, te veo castigado?
 Tu rostro, tan benigno y esplendente,
 le veo marchito, mustio, ensangrentado;
 veo en tu mano pródiga y potente
 y en tus hombros patíbulo infamado:
 huye, vente conmigo á mi morada;
 huérfana está sin tí, desamparada.

„Soy tu Madre, Hijo mio, oye mis voces;
 mi llanto y mi dolor cruel comprende:
 tú sufres, es verdad, penas atroces
 cuando agudo dolor mi alma enciende:
 ¿qué serán para ti estos feroces
 soldados, si tu voz al cielo tiende?
 No des mas cruel martirio á mi agonía,
 ó tu muerte tambien será la mia.

„Yo te salvé en el hórrido desierto,
 en medio de las fieras y bandidos;
 tres dias te busqué con giro incierto,
 con pasos vacilantes y perdidos;
 y ¿ahora te he de ver pálido y yerto,
 entre aquestos sayones fementidos?
 No puedo permitir que así taladre
 el martirio mi amor: yo soy tu Madre.

„Esa sangre que corre por tus sienes
 es de la misma que mi pecho abrasa ;
 esa corona que de espinas tienes,
 mi corazon de Madre, fiero pasa:
 los dos sufrimos del dolor los bienes ;
 tengo valor para sufrir sin tasa ;
 pero no puedo ver, no lo tolero,
 que mueras tú sobre áspero madero.

«Ven, mis brazos te esperan amorosos,
 mi corazón es tuyo, y sin tu vida
 serán por mí los días tenebrosos,
 y yo, sombra sin luz, llama estinguida:
 ¿quién de mis ojos tristes y llorosos
 enjugará una lágrima querida?
 ¿Quién, movido de amante sentimiento,
 dará dulce consuelo á mi tormento?»

Calla Jesús, y pronunciar quisiera
 el nombre de su Madre, que ama tanto;
 comprende que volar á ella debiera,
 y con sus labios enjugar su llanto;
 mas sigue su fatídica carrera
 volviendo á Ella los ojos entre tanto,
 dándole una mirada tan amiga,
 cuya espresion sublime no hay quien diga.

María queda á su vez anonadada,
 y lee tanto en los ojos de su Hijo,
 que impotente, sufrida y resignada,
 mata su llanto con afán prolijo;
 á la turba moverse ve enconada,
 é inspirada, mirando al cielo, dijo:
 «Me ha dicho con amor y con anhelo:
 Madre, para sufrir bajé del cielo.»

Besando el suelo pura sangre coge,
 que por do quiera su Hijo va esparciendo;
 no quiere que con ella infiel se moje
 el pie innoble de algun judío horrendo ;
 su manto sobre el pecho fiel recoge,
 y sola, su amargura comprendiendo,
 corre tras la nefanda comitiva,
 sin que consuelo su dolor reciba.

Sus pasos inseguros é indecisos
 no saben dónde van; mira á lo lejos
 un monte solitario, en cuyos frisos
 se ven del sol ardiente los reflejos :
 daban las aves lúgubres avisos,
 saltando presurosas por los cejos,
 y las nubes parece que la encantan
 como espectros que horribles se levantan.

Marchito lirio, fuertes vendabales
 destrozarán tus hojas agraciadas ;
 si casta aurora á recibir tú sales,
 verá tus hojas ya despedazadas;
 colores á los tuyos no habrá iguales,
 tintas como las tuyas no envidiadas;
 no escucharás ni de tu muerte el eco,
 cayendo abandonado, muerto, seco.

No hay dolor como el tuyo, tortolilla
solitaria entre cerros y colinas;
no hay siquiera una tímida avecilla
que escuche tus canciones tan divinas;
tú, la paloma pura y sin mancilla,
no oirás las alboradas matutinas
sin exhalar al nacarado cielo
una queja de amargo desconsuelo.

Triste ve que su Hijo ya se aleja
entre aquellos soldados tan crueles;
siente que sola y lúgubre la deja
con su martirio y su tormento fieles:
iba á lanzar quizás sentida queja
impotente al rumor de los corceles;
mas porque el mundo en su valor se asombre,
esclamó: "Nace y muere por el hombre."

CANTO QUINTO.

María en el Gólgota.

¡El Calvario! ¡Qué árido! ¡Qué triste!
Sangre vierten sus piedras: es horrible:
negro celaje como sombra viste:
mudo está: su dureza es ya sensible:
á llenar su mision él se resiste:
parece á los espectros accesible:
las nubes que ligeras se ennegrecen,
sobre su cima con horror se mecen.

El perfume no vuela ya ligero
como un dia escapado del tomillo;
no se confunde ya con el romero,
formando ese perfume tan sencillo,
que el aire volador y lisonjero,
armonioso, de acorde caramillo,
llevaba desde el monte á la colina
por los valles sin fin de Palestina.

Un pueblo vil sobre su falda ondea ,
 luchando con el viento por su cumbre ;
 mira hácia arriba , que llegar desea ,
 aquella impía, infame muchedumbre:
 el viento , en tan indómita pelea ,
 de los áridos picos forma lumbre ,
 y el pueblo con furor sube gritando:
 "¿Llegaremos?" Jesus responde: "¡Cuándo!"

El Nazareno, con la cruz pesada,
 cubriéndose de heridas y dolores,
 sube con la cabeza descansada
 en la cruz , lecho fiel de sus amores,
 por las espinas fieras destrozada ;
 de su sangre los célicos colores
 tiñen sus puros pies, sus blancas manos...
 ¡qué impíos! ¡qué crueles! ¡qué inhumanos!

Va á la muerte ; lo sabe : es Dios ; bendito
 es su amor : buscando va la oveja
 que se perdió del límite prescrito
 y de los silbos de su amor se aleja :
 como su amor es puro é infinito ,
 sangre derrama , pero no se queja :
 diamante es su alma, no la rompe nada ,
 y su cuerpo es la flor mas delicada.

Sube la cuesta en vacilante paso,
 cuando el sol por el cént caminaba,
 y, á impulso del dolor, dejaba acaso
 una huella que sangre la marcaba;
 no sufriría, no, dolor escaso
 cuando en sus hombros dura cruz llevaba,
 que habia de ser emblema de la gloria:
 la leña en el altar del monte Moria.

Con el alma abatida por la pena,
 pálida y lacrimosa se veía
 una Mujer que, límpida azucena,
 en medio del tropel se distinguía:
 una voz triste en su dolor resuena,
 como suspiro dado en la agonía;
 María entonces, de dolor transida,
 mártir de puro amor, vivía sin vida.

Una Mujer que al cielo alza sus ojos,
 y allí no ve, no encuentra una esperanza;
 referir quiere al mundo sus enojos,
 cuando el mundo da gritos de venganza;
 no puede ni poner sus labios rojos
 en los de su Hijo; su poder no alcanza
 ni al mundo á quien su amor constante cede,
 ni al destino que el cielo le concede.

Sube la numerosa comitiva
 la cumbre ya del monte dominando;
 ya va á satisfacer el ansia viva
 al divino Jesus crucificando,
 sin que consuelo en derredor reciba:
 María va á su Hijo contemplando,
 le ve exánime, triste y abatido,
 y no exhala una queja ni un gemido.

Allí, en medio de todos, le desnudan,
 sin que piedad en los sayones quepa:
 piedra es su corazon, en él se escudan,
 si razon tan infame no hay quien sepa:
 frenéticos, alevés, ya no dudan
 en levantarse; el aire les increpa:
 un pueblo que empezó por alabarle,
 y fementido va á crucificarle.

María estaba allí desconsolada,
 tanto como su Hijo padeciendo;
 sobre la piedra, exánime, sentada,
 un simulacro tan horrible viendo:
 la túnica de su Hijo ve sorteada,
 á unos sus vestiduras repartiendo;
 y su Hijo, grande en tanto desconsuelo,
 adorando la cruz puesta en el suelo.

Parecía que el cielo á deshacerse
 iba en rayos de fuego contra el mundo;
 el relámpago quiere desprenderse
 para cortar el éter, negro, inmundo:
 rojizas nubes parecían dolerse
 en el espacio lóbrego y profundo;
 todo el cielo cubierto en sus crespones,
 vierte sobre la tierra maldiciones.

Estienden el divino cuerpo hermoso
 sobre aquel que era ya santo madero,
 haciendo de un patíbulo afrentoso
 el signo de la vida verdadero:
 clávanle en él con ímpetu horroroso,
 habiendo escarnecídole primero;
 alzan del suelo la bendita enseña,
 y la dejan caer sobre una peña.

Desde allí, con los ojos en el cielo,
 á la tierra mirar no se atrevía,
 y en tan acerbo y grande desconsuelo,
 para todos al cielo paz pedia;
 El, clavado en la cruz y sin consuelo,
 su voz hácia el empíreo dirigia,
 diciendo: "Padre Eterno, Padre amado,
 Tú tambien, ¿por qué me has abandonado?"

El gran amor del hombre que le abrasa
 no se apaga en la cruz, crece infinito;
 el huracan que entre las cruces pasa
 tráele las oraciones de un precito;
 como es grande su amor, como es sin tasa,
 su voz oyó su corazon bendito:
 "Acuérdate de mí," oyó su anhelo;
 y Jesus contestó: "Vamos al cielo."

Perdona á los sayones que le hieren,
 que con tanta crueldad le crucifican;
 á uno de los malvados que allí mueren,
 su deseo de gloria justifican;
 á otros que llorarian si supieren
 que á un Dios-Hombre crueles mortifican:
 allí perdona al mundo y le redime;
 ¡qué momento tan grande y tan sublime!

Es en la cruz, sobre la piedra puesta,
 el íris de la paz y la ventura;
 es de la vida, en la montaña enhiesta,
 la subida mas fácil y segura;
 la palabra de Dios en Sinaí impuesta;
 para el hombre luz clara que fulgura
 esplendentes reflejos en su historia,
 que aparece radiante por su gloria.

Está al pie de la cruz María, yerta,
 sufriendo ansiosa su alma dolor grave,
 que en su esperanza ya perdida y muerta,
 llorar y suspirar tan solo sabe;
 á abrazar á la cruz tan solo acierta;
 no habiendo fiera espina que no clave
 en su alma destrozada, dividida
 por el martirio de tener la vida.

Ve la sangre de su Hijo que en torrentes
 corre desde la cruz hasta la piedra;
 ve sus manos, hermosas é inocentes,
 ser de un árbol tan fiel clavada yedra;
 ve sus pies hechos cristalinas fuentes,
 que en extraño estupor su pecho arredra;
 oye que su Hijo al Padre Eterno llama,
 y el Padre le abandona, aunque le ama.

Pero Jesus va á hablar; en el momento
 la gente pavorosa se detiene;
 cálmase en su furor el raudo viento,
 que en huracan arrebatando viene;
 del monte erial extraño movimiento,
 fuego infernal en su calor contiene;
 va á hablar Jesus, y su palabra es santa:
 ¿qué irá á decir, que el orbe así se espanta?

El cielo quiere que María pruebe
 el dolor mas tirano y pesaroso;
 Jesus martirizado no se atreve
 ni aun á mirar su rostro doloroso:
 no quiere que su voz dolor la lleve,
 viendo su corazon puro y hermoso:
 y el Hijo ¡no os estrañe, no os asombre!
 da penas á su Madre por el hombre.

Vuelve á ella los ojos, y vacila;
 teme hacerla sentir, pero es preciso:
 centellea en su mística pupila
 el fuego que brilló en el paraiso;
 mustia María, como hermosa lila,
 presente de su pecho leal aviso
 de que iba á oir en singular delirio
 palabras de placer y de martirio.

Y, *Mujer*, porque *Madre* no se atreve,
 la dice sin poder, trémulo el labio,
 dejando que su amor á ella la lleve
 en hora tan fatal tan duro agravio:
 al oirle María se conmueve;
 no comprende por qué, siendo tan sabio,
 para acabar su tétrica agonía
 la ha llamado *Mujer*, no *Madre mia*.

"¿Por qué, Hijo querido, no me llamas
Madre como otro tiempo me llamaste?
 ¿Acaso ya, Hijo mio, no me amas
 como otro tiempo mas feliz me amaste?
 ¿No sientes de mi amor latir las flamas?
 Con tu olvido su fuego no apagaste;
 y aunque tu voz á mi cariño huya,
 yo no te olvidaré, soy *Madre* tuya.

"Mi corazon no quieras que taladre
 esa voz que me mata en mi tormento;
 cuando besando ya á tu anciano padre
 me mirabas á mí con sentimiento,
 fue tu primer amor para tu *Madre*,
 y celestial mi gozo y mi contento:
 yo *Madre* tuya ser no, no merezco;
 pero mira, Jesus, cuánto padezco."

Jesus la da otros hijos; la levanta
 sobre el ingrato mundo que la admira;
 entonces fue cuando con firme planta
 quebrantó de Luzbel la infernal ira.
 ¡Cuánta bondad! ¡Tanto cariño encanta,
 el mundo en esa *Madre* ya no mira,
 que Jesus se la dió triste y llorosa,
 en medio del martirio tan hermosa!

Recibió de las vírgenes la aureola,
 emblema celestial de la pureza ;
 fue elevada entre ellas como á sola
 Reina, por su candor y su belleza ;
 dióselas un trono á cuyo pie se inmola
 el amor, y, en su cándida cabeza,
 la corona lució mas misteriosa
 de flores como Reina y como diosa.

Al furioso crugir de vendabales,
 cumple María impávida el destino,
 mientras que dulces cantos eternos
 un trono la levantan purpurino:
 consuélanle visiones celestiales,
 que la ofrecen de rosas un camino,
 mientras que Ella, abatida, triste, llora,
 viendo sufrir al que ama y al que adora.

Ella queria en su amoroso anhelo
 sufrir y padecer mas que su Hijo ;
 pero comprende la mision del cielo,
 y consolábala llanto prolijo:
 fue el llanto para Ella su consuelo,
 que mil veces al cielo le bendijo ;
 llanto que se llevaba en dulce calma,
 la vida en el consuelo de su alma.

Fue—*Mujer, ve ahí á tu Hijo*—del Calvario
 el adios mas amante y doloroso,
 que como eco de tumba entre el sudario,
 lúgubre suena, vago y pavoroso,
 fue en lágrimas lamento solitario,
 que escapaba de un pecho pesaroso,
 que fue á herir á una Madre que lloraba,
 y que junto á la cruz de su Hijo estaba.

—

Una Madre que ve pronta la muerte
 de su Hijo en una cruz apoderarse;
 que lágrimas hermosas puras vierte,
 que roba el huracan al liquidarse;
 un pueblo que temido por lo fuerte,
 mirando al cielo empieza á amedrentarse;
 mirad, ese es el cuadro solitario
 que el hombre ha de admirar en el Calvario.

—

CANTO SESTO.

Con Jesus en los brazos.

Poned sobre una tumba mustias flores,
y una cruz cerca de ella ensangrentada ;
envolvedlas con pálidos colores
de una luz melancólica, atenuada ;
dadlas el puro olor de los amores ;
poned la tierra en estupor parada,
y tendreis un emblema vago, incierto,
de Santa Madre con su Hijo muerto.

Nube negra, que en medio de la aurora
mancha el diamante de la luz del dia ;
ráfaga que en sus alas atesora
el último suspiro de agonía ;
exhalacion del alma que colora
la perdida esperanza que tenia ;
todo vuela cual lúgubre lamento
que va dando calor al mismo viento.

La tierra absorta está: roto su seno,
 es un volcan el mundo por do quiera;
 arroja lava, material veneno,
 como espuma infernal de brava fiera;
 quema las flores, quema el verde heno,
 alegría que fue de la pradera;
 en esta hora tan fatal y estrema,
 el sol sus rayos con sus rayos quema.

Apíñanse las nubes, y no quieren
 que el cielo vea á la tierra en tal estado;
 truenos horribles el espacio hieren;
 el éter está espeso: está impregnado
 de humo y fuego: los astros ya no adquieren
 fulgor como al cruzar lecho azulado:
 párase el mundo absorto, no se mueve,
 se estremece, se oculta, se conmueve.

Los muertos salen de las tumbas frias,
 huyendo, con temor, despavoridos;
 de donde reposaban tantos dias
 con sudarios, corriendo, van vestidos;
 ellos que oyeron suaves armonías,
 ahora sienten crugir en sus oidos
 al cielo, que horroriza y que se goza,
 y al mundo que sin polos se destroza.

Los rios cambian su curso presurosos,
 y saltan á los montes de los llanos;
 contra las piedras chócense horrorosos,
 haciendo de las espumas rizos vanos;
 ennegrecen sus aguas, y afanosos
 quiebran los altos árboles galanos;
 con las estrellas su vapor confunden,
 braman, se agitan, y en la tierra se hunden.

El mar se funde en olas centellantes,
 que no obedecen límite ni orilla;
 llega al cielo furioso, y en instantes,
 las verdes piedras de su seno brilla;
 olas con olas súbitas, brillantes,
 no dejan ni una perla sin mancilla;
 y arroja de su horror muestra preclara,
 restos del que primero la surcara.

El universo entero en sí combate,
 como falto de vida en su agonía;
 la vida que en sus senos siempre late
 es furor, es horror, saña bravía;
 pierde su fuego en el primer embate;
 pierde la vida que en su seno habia:
 no tiene el universo giro cierto;
 la mano que lo dió, bendita, ha muerto.

Cuando el sol empezó á cruzar el cielo,
 diole impulso en acorde movimiento;
 tendió sobre el espacio ese ancho velo,
 que da á todos los astros lucimiento;
 tendió flores hermosas por el suelo,
 formó las brisas del furioso viento:
 diole al mundo su amor y su tesoro,
 perlas al mar, á las montañas oro.

Ahora al pie de la cruz sin vida yace,
 en el regazo de su Madre amada;
 parece que el Eterno se complace
 en verle muerto, y á Ella inanimada:
 la poca vida que en su pecho nace,
 va huyendo de su alma traspasada,
 como la flor del tallo desprendida,
 que el color va perdiendo con la vida.

María, las manos de Jesus cogidas,
 las quisiera esconder dentro su pecho;
 besa las sacratísimas heridas
 que los judíos con furor le han hecho:
 ve la sangre ya seca en sus salidas,
 siendo su cuerpo el misterioso lecho;
 y tan grande dolor sola sentia,
 que ni el consuelo de llorar tenia.

Cárdenos labios, ojos entreabiertos,
 sin fuego su pupila ensangrentada;
 párpados bajos, entornados, yertos;
 una lágrima en sangre está amasada;
 colores celestiales, aunque muertos,
 lívida faz que en muerte está bañada,
 al reflejo leal de una sonrisa,
 como en marchita flor amante brisa.

Se admira destrozada la cabeza
 por las punzantes y áridas espinas;
 noble corona fueron de grandeza
 al herir unas sienes tan divinas:
 su cabello de gala y gentileza,
 formando hermosas hebras purpurinas,
 caía sobre los hombros destrozados,
 por su sangre preciosa perfumados.

Al pecho que antes sin cesar latía
 buscando al desgraciado que lloraba,
 una lanzada cruel le dividía,
 por donde gloria sin igual manaba:
 ya aquella ansia divina no sentía
 que suspiros amantes exhalaba;
 estaba dividido, frío, inerte:
 ni aun la vida sentía de la muerte.

Sus pies, que do marcaban pura huella
 dejaban el raudal de mansa fuente,
 que en su corriente placentera y bella
 llevaba la salud para el doliente,
 una herida afrentosa rompe y sella,
 que hizo del Hombre-Dios, hombre impotente:
 toda su vida es justo que sucumba.
 ¿Dónde ha de caminar sino á la tumba?

Por montes altos y ásperos caminos
 dieron un dia sus gigantes pasos,
 y los punzantes y áridos espinos,
 rosas volviéronse y lirios lasos;
 los secos tallos de pomposos pinos
 cayeron en sus sendas muy escasos,
 y las aguas furiosas se engreian,
 y, á sus plantas, de roca se volvian.

Buscaban al leproso y al mendigo,
 y cuando el borde de la mar pisaban,
 la arena de la orilla daba abrigo,
 y las olas sus huellas deseaban.
 Pies santos, tus heridas yo bendigo,
 porque mis penas con amor buscaban,
 y porque íbais vertiendo con anhelo
 mil rosas caminando para el cielo.

Sus manos blancas, suaves, delicadas,
 que al cielo sin cesar se dirigian,
 cuando las gentes cerca dél sentadas,
 dulces palabras con placer oian,
 están rígidas, áridas, pasadas
 de aquellos duros clavos que tenian
 suspendido en el huérfano madero,
 al que es Dios siendo hombre verdadero.

En ellas la dulcísima comida
 se hizo del alma místico alimento;
 en ellas se formó pan de la vida,
 quedándose en nosotros cual sustento
 que yendo al corazon, allí se anida,
 cual del cielo el mas puro ofrecimiento,
 que superó los dones celestiales:
 ¡darse Dios mismo en prenda á los mortales!

Estos despojos de la muerte fueron
 los que en sus brazos recibió María,
 y en su seno de madre se esparcieron
 como sobre una tumba losa fria;
 sus ojos tan de cerca los tuvieron,
 que de tanto llorar ya no veian;
 eran su corazon hecho pedazos:
 era su Hijo, muerto entre sus brazos,

La boca de María un beso blando
 ponía de Jesús en la ancha frente;
 pensaba en su delirio que mezclando
 con la muerte su aliento tan ardiente,
 su deseo le iría reanimando,
 porque cree que de vida el fuego siente;
 sus heridas frenética besaba,
 y lloraba, lloraba y suspiraba.

Con sus negros y espléndidos cabellos
 corona santa, sepulcral, bendita,
 cubrió como cendal de lirios bellos
 la faz hermosa de Jesús marchita;
 luz de sus ojos reflejaba en ellos,
 que de tenue blandon el aire agita,
 viendo á su luz aterradora calma,
 felicidad que huyó, sueños del alma.

Ya se dirige al cielo suplicante,
 creyéndose del valle solo lirio;
 siente que su dolor no sea bastante
 gozando en el torrente del martirio;
 ya con mirada incierta y vacilante
 presa de su dolor y su delirio,
 por árido desierto se creía,
 que por salvar á su Hijo se perdía.

„Retiraos , corred, huid, infames ;
 llevo en mi pecho á mi Hijo, al Hijo mio ;
 tú, bandido cruel, no me reclames
 mi Niño, porque está muerto de frio ;
 indómito, ¿ es posible que no ames
 al que yo mas amar tan solo ansío?
 Huye , alma de leon, sangre de fiera ,
 ¿ no ves cómo le arrulla la palmera?

„La nieve ya no es fria á su contacto ;
 ella está publicando su inocencia ;
 el viento frio me le deja intacto ;
 el hielo ha ya perdido su inclemencia ;
 las fieras entre sí han hecho pacto
 de rendirle homenaje y reverencia.
 ¡ Infame! ¿ Vas á herir su hermoso pecho ?
 ¡ Ay! inhumano, pérfido , ¿ qué has hecho? ”

Mas luego abria sus hermosos ojos,
 y al horrible Calvario contemplaba ;
 veia entre sus brazos los despojos
 de Jesus, que sin vida reposaba :
 calmar quiere, y no puede, sus enojos ;
 el llanto al santo cielo suplicaba :
 es gran placer, al sostener la vida ,
 el corazon que en llanto se liquida.

"Dios mio, escuchadme, lágrimas os pido
 para alivio encontrar en mis pesares;
 que si mi llanto con mis penas mido,
 ensancharán mis lágrimas los mares:
 soy Madre; para no dar al olvido
 que si la Esposa fuí de los *Cantares*,
 soy en este momento desgraciada,
 como Agar y Noëmi, desolada.

"Rayos, no llanto, dadme abrasadores
 para que al mundo tan inicuo abrase:
 ó no habedme embriagado en sus amores,
 ó no habedme dejado que le amase;
 caigan fuegos del cielo destructores
 para el pueblo que quiso que acabase
 el que siendo, y no como ellos, fuerte,
 muriendo en una cruz venció la muerte.

"Si tienes á tus pies las tempestades,
 oye mi ardiente y amoroso ruego;
 injurias consumó, iniquidades,
 que están llamando tu venganza luego:
 si un dia aniquilaste tres ciudades,
 quedando devoradas bajo el fuego,
 blande tu espada, y como Dios, destroza
 al que en la muerte de Jesus se goza.

«Pero no, ¡ay Dios mio! ya ofreciste
 la salvacion del hombre, que altanero
 arrojó el suave yugo que le diste,
 y Jesus es del hombre medianero;
 tú, divino Jesus, le redimiste
 desde el nefando y huérfano madero,
 para que el mundo entero en tí se asombre,
 cuando dijiste al hombre: "Ya eres hombre."

Y volvía á estrecharle entre su pecho,
 cubriéndole su cuerpo con el manto;
 y se llevaba el corazon deshecho
 el raudal abundante de su llanto:
 del divino Jesus, María lecho,
 su voz le daba funerario canto,
 y si su labio cárdeno besaba,
 de llanto sus mejillas inundaba.

CANTO SETIMO.

La última lágrima.

La palabra de Dios bajó volando
á un hombre desde el cielo: "Antes que fueras
te conocí, al irte reanimando,
sin que del seno maternal salieras:
del oscuro nacer te fui librando,
sin que la luz ni las estrellas vieras:
te dí lágrimas puras, elocuentes;
te hice, en fin, el Profeta de las gentes."

"Señor, yo no sé hablar, soy balbuciente;
mi lengua es muda como de un infante.
—Calla, y nunca te llames impotente;
para tí es mi poder, tengo bastante:
soy Dios del cielo, soy Omnipotente;
te inspiraré cuanto tu lengua cante;
no temas, tus palabras yo bendigo;
no temas, Jeremías, soy contigo.

«Sube á la cumbre de ese monte triste,
 y descansa en su cúspide un momento;
 el estupor que su estension reviste,
 encienda tu abrasado pensamiento;
 si de tinieblas sus vertientes viste,
 si llora en derredor sentido el viento,
 graba tus plantas en la piedra dura,
 y canta su dolor y su amargura.

—«Yo soy un ángel que en la vida vivo;
 luz es mi cuerpo; son mis alas plumas,
 que forma el pensamiento: yo recibo
 en mi seno la esencia de las brumas:
 el espacio es mi trono: allí percibo
 los cánticos del cielo, y las espumas
 que forman al chocar del mar las olas,
 me escriben en el mar sus dichas solas.

«Lloro mi llanto: mis mejillas baña
 el raudal de mis lágrimas ardientes:
 mi lengua seca en su sanguínea saña
 se destroza enlazándose á mis dientes:
 mi pensamiento sin valor se empaña,
 viendo leones de dolor rugientes;
 y mi pecho abatido rie y goza,
 al ver que el mundo cae y se destroza.

"¿Á dónde va mi vuelo solitario
 sin que en su curso sin cesar se asombre?
 Ya no queda mas mundo que el Calvario,
 donde es bendito y maldecido el hombre;
 si abandono mi lóbrego sudario,
 es por buscar un ser, no busco un nombre:
 en mis oidos la palabra zumba
 que dijo Dios al conmovier mi tumba:

"Ve y contempla lo que el hombre ha hecho;
 "consuela á una Mujer que sola llora."
 Al levantarme en el mortuorio lecho,
 la primer luz que ví era la aurora:
 pensé, lloré, me arrebató el despecho:
 contemplé esta ciudad que miro ahora,
 y en mi vuelo inspirado y solitario,
 no me atrevo á posar sobre el Calvario.

"Pasó la aurora: gasas impalpables
 describen en el aire torpes giros;
 vapores y tinieblas inflamables,
 producidos acaso por suspiros,
 llenan los anchos senos inmutables
 de los espacios, súbitos vampiros,
 que atraen las nubes que ligeras vagan,
 que, ávidos de venganza, mundos tragan.

«Esta sombra que fue te dijo un día:
 «Jerusalén, si á los Profetas matas,
 «largas horas de muerte y de agonía
 «de los lazos del tiempo te desatas;
 «maldecida será la tierra impía
 «si á los justos de Dios fieras maltratas;
 «no irrites la venganza del Potente,
 «que tierra no hallarás que te sustente.»

«Si un día un ángel levantó la espada
 y la vida quitó á tus enemigos,
 vendrá otro en que seas arrasada
 por ángeles que fueron tus amigos;
 la luz del cielo te verá abrasada,
 fieros remordimientos los testigos,
 oyéndose una voz que siempre clame:
 «¡Maldita sea la ciudad infame!»

«Ese día llegó, mira tu templo;
 sus bóvedas no quieren cobijarte:
 cerca del silenciosa te contemplo,
 sin que impía te atrevas á acercarte;
 veo las aves que al seguir tu ejemplo,
 tienen santo placer en insultarte:
 tienes, raza bendita, maldecida,
 la honra y el baldon de ser deicida.

«En el libro que cierran siete llaves,
 con fuego veo una sentencia escrita,
 por que esa eterna mancha ya no laves;
 para siempre por ella estás proscrita:
 oye: Dios es eterno; bien lo sabes;
 pero aunque su clemencia es infinita,
 pone lejos de sí y compadece
 á aquel que huye de Él y le escarnece.

«Si un dia te rompió férreas cadenas
 y te libró de un yugo pesaroso;
 si cubrió las llanuras nunca amenas
 del manjar mas sublime y delicioso;
 si para consolar tus torpes penas
 te dió rico pais y venturoso,
 ¿por qué, Jerusalen, envilecida
 le das muerte á Jesus, siendo tu vida?

«¿No has sentido el dolor y la amargura
 de esa Mujer que en ti ya nada espera?
 Reina era del placer y la amargura,
 y ni un suspiro tú la das siquiera;
 tan hermosa, tan cándida y tan pura,
 quisiste que á su Hijo morir viera...
 ¿No miras que esas lágrimas que vierte
 son para tí la sombra de la muerte?

„Allí veo un vergel de mustias flores,
 rodeado de sauces y cipreses ;
 no tiene ni perfume, ni colores :
 los lleva el huracan en sus reveses ;
 tumba parece ser de los amores ;
 sus calles son fatídicos paveses :
 parece que allí tiene su morada
 el silencio, la vida de la nada.

„No viene la ligera y bella brisa
 á mover en su tallo pobre hoja :
 naturaleza muda é indecisa,
 como flor de los seres se deshoja ;
 ni el vil insecto seca hoja pisa,
 porque el rocío cual veneno moja :
 por todas partes en arroyos vierte,
 el volcan del dolor lava de muerte.

„De una fuente el monótono ruido
 como la voz del tiempo se escuchaba ;
 era eco triste, vago, indefinido,
 cuando en la oscuridad se reflejaba ;
 de alguna ave el fatídico graznido,
 en el lejano monte se escuchaba ;
 un silencio tan grande, tan intenso,
 que era elocuente, majestuoso, inmenso.



«Miro en aquel vergel sepulcro abierto
 en una peña que entre tierra nace;
 dentro dél un divino cuerpo muerto,
 herido, ensangrentado, frio yace;
 contemplo aquel cadáver mustio y yerto;
 la piedra á su contacto se renace:
 veo la losa que sobre él se estiende
 y no le cubre; es que le defiende.

—
 «Veo llorar sobre la negra losa
 á una Mujer que el corazon se oprime;
 véola grande, heróica, muy hermosa,
 porque inspirada es, grande y sublime;
 muerto su Hijo, triste y dolorosa,
 llora, suspira, implora al cielo, gime:
 no puede su esperanza, ya perdida,
 detenerle sus lágrimas de vida.

—«Muerto, Hijo mio, estás; pero mi alma
 no esperes, no, que de la tumba huya:
 deja que en medio de esta triste calma,
 tambien mi vida de dolor concluya:
 mi alma no anhela conseguir mas palma
 que volar á juntarse con la tuya:
 ya en mis oidos la armonía zumba
 del placer de morir sobre esta tumba.

"Si con fiera y satánica inclemencia
 te mataron infames y crueles,
 un momento gozar de la existencia,
 es para mí saborear las hieles:
 cúmplase de ese cielo la sentencia:
 "de cruel martirio gozarás laureles:"
 si tu cadáver esta losa esconde,
 ¿á dónde voy sin ti yo sola? ¿Á dónde?

"Consuelo de mi vida, estrella mia,
 del bajel de mi dicha hermoso faro,
 íris de mi esperanza y alegría,
 de la imágen de mi alma espejo claro,
 fuente serena que mi sed ansía,
 del goce de mi amor sueño preclaro:
 Dios, que, pobre mujer, me diviniza,
 hombre, que, triste Madre, martiriza.

"Tus ojos amorosos me miraban,
 tus labios inocentes me besaron,
 tus palabras de gozo me llenaban,
 cuando tus brazos puros me abrazaron;
 nuestros alientos juntos se mezclaban,
 y ambos al cielo con amor volaron,
 como una estrella que en amor se enciende,
 y de la tierra al cielo se desprende.

«No creas que yo puedo abandonarte;
 sin ti ya para mí se acabó el mundo:
 sobre esta losa empezaré á cantarte
 lamentos tristes de dolor profundo;
 mis lágrimas querrán purificarte
 al aire denso de este espacio inmundo;
 será consuelo de fatal quebranto,
 y ofrenda para ti mi triste llanto.

«Yo soy la tortolilla solitaria
 que, llorando su amor, triste perece;
 yo la Madre que eleva una plegaria
 cuando dolor intenso la adormece;
 yo la lúgubre y pobre pasionaria
 que entre rüinas silenciosa crece;
 deja que tu sepulcro yo corone,
 mustia flor, cuando el alma me abandone.

«Huyeron tus discípulos queridos,
 sin tener quien aliento te prodigue;
 se esconden con temor despavoridos:
 creen que una sombra sin cesar les sigue;
 oyen dentro su pecho los latidos,
 sin que el fiel corazon valor abrigue:
 solos para sufrir los dos estamos;
 tú has concluido ya, pues perezcamos.

„Yo era la mas feliz de las mujeres:
 mis sienes creo que arden, creo que estallan;
 Hijo mio, ¿suspiras? Di, ¿qué quieres?
 Aun eco tus palabras en mí hallan:
 yo no quiero vivir donde hay placeres,
 si con la pena y el dolor batallan;
 morir sobre esta losa solo ansío;
 ya me has abandonado, Jesus mio.“

Su cabeza hácia el cielo alza gallarda;
 mira anhelante su insegura vista;
 ángel consolador, hermoso, aguarda
 que en su tristeza y soledad le asista:
 si la clemencia de los cielos tarda,
 su alma quizás la pena no resista:
 no puede ya en sus ojos contenerla,
 la última lágrima, que será una perla.

„¡Cielo santo! no escuchas ya mis quejas;
 tambien en mi dolor tú me abandonas;
 desesperada en mi dolor me dejas,
 teniendo de dolor tantas coronas;
 tu oido santo de mi voz alejas;
 mi corazon herido desmoronas:
 adios mi Hijo, luz del alma mia,
 mi amor su última lágrima te envia.

"Adios ; voy á morir, y no sé á dónde :
soy de la tierra insoportable carga :
adios ; ni el eco mudo me responde ,
mi despedida haciendo mas amarga ;
último adios que el suspirar esconde ,
que el loco pensamiento dulce embarga :
adios , sueño de amor , suspiro tierno ,
lágrima como el mar, adios eterno."

Silencio, y nada mas : María huye ;
el Profeta no canta ni suspira ;
en el sepulcro su cantar concluye ;
su vaga sombra, su esqueleto mira ;
de los áridos huesos Dios no escluye
el furor de su santa y justa ira ;
María , por su angustia perseguida,
no ha muerto , pero vive ya sin vida.

